

Sabela es la profe que nos da Lengua y se llama así porque es de Galicia, y siempre lleva la cara con maquillaje y se pone lazos en el pelo, como el del otro día, que era rojo con lunares blancos. Paula dice que la profe es una repipi por eso, por ir a clase tan arreglada. Yo creo que es una profe divertida, no repipi, pero Paula es así de meticona.

A Sabela le gusta que escribamos cosas y ayer, al principio de clase, nos dijo que teníamos que escribir una redacción sobre nuestro verano más importante, y yo le pregunté si podía explicar un poco mejor eso y ella me contestó que el verano más importante es el verano más sig-ni-fi-ca-ti-vo, y yo dije ah vale, ya sé, pero no sabía, y estuve pensando en eso hasta que acabó la clase.

¿Tú sabías con doce años cuál era el verano más importante de tu vida? ¿Y hace cuántos años tenías tú doce años? No hace falta que contestes, no pasa nada, que preguntar la edad a alguien, así de repente, es de gente cuza, que lo decía abuela siempre.

Bueno, y cuando sonó el timbre, me acerqué a la profe y le dije Sabela, yo creo que el verano más importan-

te es este no, el pasado, el de cuando acabé quinto, pero no estoy seguro. No me dejó explicarle más. Está claro, Nico, dijo ella, no le des más vueltas al asunto, el verano de quinto es el verano más importante de tu vida. Y después de decir eso, se colocó el pelo por detrás de la oreja de una manera que me hizo pensar que tenía razón. Antes de salir de clase, le pregunté si había algún truco, porque siempre hay truco en estas cosas, y me dijo que sí, que el truco es contarle la historia a alguien. Te tiene que escuchar una persona, dijo, que así practicas en voz alta y luego escribir la redacción es más fácil. Y como tú me has preguntado por los deberes, pues te cuento a ti la historia y así voy entrenando.

Para coger carrerilla, voy a empezar unas semanas antes del verano, que es cuando pasó lo de las fotos y todo eso. Y luego ya te cuento lo del polis y cacos, lo de La Yesi, lo de Fama y las demás cosas. Si no nos da tiempo hoy, seguimos mañana, no te preocupes.

Avíate, Nico, que ya es más que hora.

Abuela levantó la persiana hasta arriba y entró toda la luz. Me quedé quieto, sin mover los ojos, y esperé a ver si se iba y me dejaba dormir más. Me hizo cosquillas en la barriga, y yo di media vuelta y tiré del edredón.

Abuela, que estoy malo. Hoy me quedo durmiendo.

¿Qué te pasa?

El estómago, que me duele.

Anda, anda, más cuento que Calleja. ¿Te traigo el desayuno?

Los fines de semana o los días de diario cuando mi madre se iba antes de casa, abuela me traía el desayuno

como los enamorados de las telenovelas. Me traía un zumo de naranja, un tazón de leche, un trocico de bollo maimón. Yo ya sabía quién me despertaba antes de abrir los ojos. Si la persiana subía de dos veces, ras, ras y chocaba con el tope, era mi madre. Si subía despacio, con un sonido como el de los fuegos artificiales cuando suben, antes de explotar, era abuela.

Vale, tráeme el desayuno, a ver si se me pasa.

Di el trabalenguas, entonces.

Abuela usaba lo del trabalenguas para espabilarme, porque como tenía que decirlo rápido, pronunciarlo bien todo, después ya no tenía sueño.

¿Entero lo digo?

Desde el principio, venga.

Había una cabra ética, perlética, perleticuda, mochicalva y holicuda. Si no hubiera sido ética, perlética, perleticuda, mochicalva y holicuda, los hijos no le habrían salido éticos, perléticos, perleticudos, mochicalvos y holicudos.

Me revolvió el pelo y le pedí leche sin lactosa, porque la otra leche da olor a vaca y me estroza el estómago. A mi madre se le olvidaba comprar leche buena, y mi padre decía eso tuyo son pijadas, no seas tan pamplinero, así que solo había leche buena en la despensa si iba yo al Eroski con ellos y metía los cartones en el carro.

Abuela volvió con la bandeja, y en vez de un trocico de bollo maimón, me trajo una magdalena rica de las que hacía el panadero.

¿Y tú no desayunas?, le pregunté.

¿Pero qué horas crees que son? Desayuno a las siete, y mira, si el reloj mío no anda delantero, son las ocho y media, casi nueve. Comeré algo, por que no desayunes

solo, pero hambre ninguna. Ponte bien. Y haz el favor de beber la leche, aunque no sea la tuya. Ya traerá de la otra tu madre.

¿Otra vez leche mala? Luego me riñen en el cole por ir al baño cada poco.

Abuela se sentó a mi lado, sacó una pera del mandil y la comió con piel y todo porque en la piel es donde están las vitaminas. Me dejaba desayunar en la cama, pero no acostado, y me tocaba apoyar la bandeja en las piernas y la cabeza en los barrotes de atrás. Me ayudaba a ponerme tieso y me colocaba bien la almohada para que no se me clavaran los barrotes como cuando eres minusválido. Me gustaba eso. Luego se quitaba las zapatillas, se sentaba en la cama conmigo y dejaba los pies colgando.

La última vez que pasa esto, dijo. ¿Quedas enterado?, que ya no eres un crío.

Mi madre había dejado una nota en la mesa de la cocina. En mi casa no hay cocina, por un lado, y salón, por otro, como en casa de Izan. Lo mío es cocina salón, todo junto y ahí está el horno, los fuegos, la tele, la camilla en el medio y el escaño pegando a la ventana. El escaño es de la casa vieja, donde vivía abuela de joven y es como un sofá grande, pero más alto y más duro.

Abuela leyó la nota renqueando, como los de parvulitos cuando están aprendiendo a juntar las letras.

Ni-co tie-ne hoy la sesi-ón de fot-os del co-legio.

En la cocina, como soy hijo único, solo había retratos míos a los seis, siete, ocho y nueve años. Mi madre no quería gastar más dinero en el fotógrafo del cole, pero abuela le decía que de críos cambian mucho de un año a otro, que luego crecen enseguida y que un recuerdo es un recuerdo.

Debajo de las fotos, en una esquina, estaba el tractor de juguete, que era aburrido porque no tenía piernas y solo iba adelante y atrás, adelante y atrás. Era un Masi Ferguson y me lo regaló mi padre porque le gustaban mucho los Masi Fergusons. El tractor suyo era un Yon-dir, pero decía que cuando ahorrara más se iba a comprar un Masi Ferguson. Cuando me regaló el tractor de juguete, me habló de los ciento y pico caballos, de cómo se enganchaban las vertederas y todo eso.

Al lado del tractor de juguete, estaba mi regalo de los ocho años, que es el equipo de música donde pongo los discos de Fama. No querían regalarme eso, pero con vencí a abuela para que convenciera a mis padres, y al final me regalaron todo a la vez, el equipo y los discos. Y cuando lo enchufé y le di al play y sonó Apoloyais, la primera canción del disco, me entró un reflís de alegría que casi caigo a abuela al ir a abrazarla.

Tenía razón Mauri, mi tía de Salamanca. Se había acercado mucho a las fotos la última vez que había venido a comer. Hija mía, le había dicho a abuela, si parece que no tiene cejas, qué pelo tan clarito. No tiene, no, contestó abuela, su bisabuela también era así de pelirroja, nunca se hizo ni el bigote ni nada.

Ese día, cuando estaba lavándome los dientes, mirándome la cara en el espejo, me acordé de Tía Mauri.

Y es que era verdad. No tenía casi cejas. Los pelos eran un poco oscuros donde la nariz y después se aclaraban y se volvían finos y transparentes como los bigotes de L: Yesi. Los pelos parecían castaños al mojarlos, pero así las cejas me duraban lo que duraba la humedad.

Arrimé el taburete al lavabo. Algo tenía que haber en el mueble. Telma me había contado que su madre se

dibujaba las cejas con un lápiz negro y que a veces le quedaba una más alta que otra y parecía que estaba enfadada todo el día. A mi madre no le gusta el maquillaje, así que no había lápices de maquillar. Saqué todas las cosas, el bote de espuma, la crema de manos, la colonia de afeitar, la vaselina y los polvos de talco.

Se me ocurrió una idea.

Abrí el bote rosa de vaselina, que estaba dura, porque llevaba mucho tiempo sin abrir. Clavé la uña y me embetuné las cejas con cuidado de no salirme, como al pintar de rojo las alas de la mariposa en Plástica. Me miré a ver qué tal con la luz del espejo y me gustó, me quedaba bien, tenía las cejas oscuras y brillantes.

Abuela intentó entrar, pero había puesto yo el tranco porque me daba vergüenza si me veía así con las cejas embetunadas, seguro que pensaba que estaba mal de la chinostra y después se lo contaba a Tía Justi y se reían de mí.

Guardé el bote de vaselina en el bolsillo del chándal.

Al abrir la puerta, abuela me echó la bronca, estás tonto o qué es lo que tienes, y levantó el brazo, te cojo y no sé que te hago. Abuela no me dejaba poner el tranco, porque decía que una prima suya se había muerto en la ducha por culpa de eso. Se partió la crisma y las hermanas, aunque oyeron el golpetazo, no pudieron hacer nada hasta que el aguacil tumbó la puerta.

Parecía que iba a pegarme con la mano, pero al final no me pegó. Abuela era como La Yesi con los desconocidos, que ladraba mucho y empuntiaba el rabo, pero no se atrevía a morder.

Me voy ya, abuela, que llego tarde.

Ojito con la bici. Mira bien antes de cada cruce, y si

viene algún tractor a lo loco, te apartas y que pase. ¿Casco no llevas?

No, casco no, que me da agobio.

Me pasa eso con los cascos, que noto la cabeza apretujada y me corta la circulación de la sangre y no puedo respirar. Una vez fui con mi padre a un cartín en Valladolid y no pude subir al coche de carreras por eso, porque me pusieron el casco y casi me asfixio.

Ven aquí, Nico, que te peine bien para la foto antes de que marches.

No, no me peines porque se me va a revolver el pelo con el aire. Ya me peino yo en el coche antes de la foto.

¿Pero llevas peine?

No.

¿Entonces?

Me tengo que ir, abuela, que si llego tarde, me castiga Maripuerto. Adiós, a nos.

Iba en bici por el camino y de vez en cuando venía un poco de viento y se me ponía la piel de punta. No me gustaba ponerme la sudadera en junio, porque el verano tarda menos en llegar si usas manga corta todos los días que lo decía Izan siempre.

Di pedales rápido hasta que llegué a la nave del pastor que es un buen hombre, nunca se mete con nadie, pero tiene unos mastines que están salvajes, y en cuanto me vieron, empezaron a ladrar como unos locos y me entraron ganas de machacarlos. Abuela decía que lo mejor es no hacer caso de los mastines, no entrar al trapo, pero a mí me encabronaba que se pusieran como unos chulitos siempre que me veían. Además, habían mordido ya